

RECUPERANDO UN ARTÍCULO DEL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, DEDICADO AL DIA DE TODOS LOS SANTOS (DIFUNTOS) DEL AÑO DE 1884, PUBLICADO QUE FUE EN UNA REVISTA ESPAÑOLA.

Noviembre 2017
Ramón Freire Gálvez.

Se terminó. Gracias a Dios y a todos los que intercedieron por mí, el jueves 26 de Octubre, finalicé mis treinta sesiones de radioterapia y las pastillas de quimio. El informe médico, al final del tratamiento ha sido favorable; ahora empiezo con revisiones y lo más importante de todo, además de no tener incidencia, es que el tratamiento me ha dejado seguir haciendo mi vida normal y dentro de ella, el seguir con mis artículos, crónicas y recuperación de documentos ecijanistas.

Y el artículo de hoy, aunque fechado para el primero de Noviembre que se avecina, de una calidad literaria, como ustedes comprobarán, digna de todo elogio, pero sin más dilación, voy con ello.

Nos dice la amplia bibliografía existente al efecto, que el Día de Todos los Santos, es una solemnidad cristiana que tiene lugar el 1 de noviembre para las iglesias católicas de rito latino y el primer domingo de Pentecostés en la Iglesia ortodoxa y las católicas de rito bizantino. No se debe confundir con la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

En este día, la Iglesia celebra fiesta solemne por todos aquellos difuntos que, habiendo superado el purgatorio, se han santificado totalmente, han obtenido la visión beatífica y gozan de la vida eterna en la presencia de Dios. Por eso es el día de todos los santos.

No se festeja sólo en honor a los beatos o santos que están en la lista de los canonizados y por los que la Iglesia celebra en un día especial del año; se celebra también en honor a todos los que no están canonizados pero viven ya en la presencia de Dios. Es



frecuente que este día las grandes catedrales exhiban las reliquias de los santos.

Y todos sabemos, por haber ido en más de una ocasión al campo santo ecijano, antes y actualmente, la cantidad de visitas que hacemos a nuestros familiares que allí reposan, ofreciéndole nuestras oraciones por sus almas y dejando un pequeño recuerdo de amor representado por flores.

En los años 1960, recuerdo haber visitado, muchos años, dicho campo santo con mi padre y observar a multitud de personas, vestidas de negro luto, sentadas en sillas que situadas frente al nicho o panteón, rezaban jaculatorias y rosarios, alumbrando con mariposas de aceite a sus seres queridos y depositando jarrones con flores del campo.

Pues dentro de ese ámbito funerario y de amor hacia los que se fueron, el ecijano Benito Mas y Prat, publicó un artículo en ***LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1884***, bajo el título de: ***NOTAS DE NOVIEMBRE El pueblo en el Campo Santo***, que decía lo que sigue:

“La musa popular canta cuando ríe y cuando llora, pero se inspira de mejor y más intensa manera con las lágrimas que con las carcajadas. El *sentir* de los cantos flamencos les generalmente



triste, y si los celos y la desesperación han informado los más fogosos, los más melancólicos y bellos los ha inspirado la muerte.

Hay seguramente en las circunstancias que acompañan a la enfermedad mortal y a los últimos instantes de la vida, cierto género de sublime que está al alcance de la inteligencia más ruda, y que salta a la vista, como la amargura del líquido contenido en un lacrimatorio.

El pueblo, todo fantasía, se estremece y se exalta con el triste espectáculo que le ofrece la vista del cadáver de la madre, de la esposa, o del hermano, siente que se

hincha su corazón y tiene que desahogarse cantando. Y esto, que parece una anomalía, es, sin embargo, el resultado de su particular idiosincrasia, y suele hacerlo con facilidad suma; sería curiosa, en esto y en otros órdenes de ideas, la explicación del refrán castellano que dice: *Cuando el español canta, o rabia, o no tiene blanca.*

Rabia el hijo del pueblo, al propio tiempo que canta, porque llega a conocer la impotencia del hombre ante la ley de la naturaleza. La imprecación del Satanás de Milton tiene mucho de humana, porque es la protesta de la voluntad ante el hecho inflexible y sin entrañas.

Tras la imprecación viene la queja, tras el reproche la lágrima; aquella es el nubarrón oscuro y apretado, que como el escudo colosal del ángel rebelde, tapa el disco del sol, esto es, la fecundante lluvia que reciben las flores alborozadas. Las quejas del pueblo, a la puerta del hospital donde se extingue la existencia de un ser querido; en el sendero costeadado de cipreses que guía al cementerio; cerca de la capilla donde resuena el espeluznante choque del grillete del *que van a ajusticiar*, revisten un carácter articularísimo, tienen un sello de terrible realismo que eriza el cabello; coplas he oído a las puertas de la cárcel que no olvidare nunca:

A la reja de la cárcel
no me vengas a llorar, etc.

Como quedan vivos en estos cantares hasta los más nimios detalles de esos acontecimientos que para el hijo del pueblo tienen más trascendencia que para los elegidos del gran mundo los que le son similares, se ve palpablemente recorriendo las colecciones de cantares recogidos por los folkloristas.

El hospital es como la primera instancia de la fosa común; el pueblo lo sabe y canta:



Al hospital me voy,
por Dios compañera
que no te separes de la vera mía
hasta que me muera.

Y cuando me muera,
mira que te encargo
que con la cinta de tu enagua blanca
me ates las mano;

N' el l'hospilalito,
a la mano erecha,
allí tiene la mare e mi alma
la camita jecha.

A estas primeras impresiones siguen otras más intensas y dolorosas:

Jincarse e roillas,
que ya viene Dios,
que va a recibirlo la mare e mi alma
de mi corazón.



Ya vienen los frailes,
ya vienen los curas,
pa llevarse a la mi compañera
a la sepultura.

Yo ya me voy a morí,
gitanillos e la Cava,
vení y lora por mí.

La impresión causada por estos lúgubres preliminares, encarna de tal modo en la musa popular, que se manifiesta a través de otros sentimientos, sirviéndoles de envoltura y transformándose a veces en ingeniosas metáforas:

El corazón de mi amante
lo van a sacramentar,
y el mío se está muriendo
de la propia enfermedad.

Cuando pases por la Iglesia,
dile al sacristán que doble
y ponga cortinas negras,
porque ya murió aquel hombre.

Hay una luz que agoniza
en el templo del Olvío
donde están los restos, madre,
del flamenco que he quería.

Si oyes doblar las campanas
no preguntes quién ha muerto,
que te lo habrá de decir
tú mismo remordimiento.

El cementerio de aldea con sus cruces de madera y sus
planteles de rosas del tiempo;
el de la ciudad de segundo
orden con sus nichos en fila y
sus cuadros de adelfas y de
romero; el de la capital de
provincia, con sus calles de
cipreses, sus mausoleos de
mármol de Carrara y sus
sepulturas de ladrillo cortado,
causan en el pueblo
impresiones distintas y levantan esas brumas de melancolías
que flotan en sus cantares:



¡Mira cuanta cruz e pino!
¡mira cuanta piedra blanca!,
¡mira cuanta florecita!
¡mira cuanta luminaria!

Yo no sé qué tienen, madre,
las flores del campo santo,
que cuando las mueve el viento
parece que están llorando.

Las lucecitas, que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo a los vivos
que se acuerden de los muertos.

Y, en efecto, el pueblo se acuerda de ellos. Acaso la costumbre de pasar en los cementerios las tardes y las



noches de noviembre tienen por origen un exagerado culto tributado a los sepulcros. Las veladas fúnebres animadas casi siempre por el vino y los manjares, trajeron esas extrañas orgias que

recuerdan las danzas de la muerte y que acabaron por llevar el escándalo a la mansión de la paz y el reposo.

¡Horrible contraste! Icerca de la tumba, en la que las larvas de la tierra roían la carne putrefacta de un ser querido, el corro impenitente apuraba el vino generoso y masticaba con inconsideradas gulas el magro tasajo; las carcajadas, y alguna vez los cantares, se unían a esos extraños ruidos de las tumbas, y los fuegos fatuos, volando acá y allá como mariposas fosfóricas, hacían cerrar los ojos de vez en cuando al supersticioso beodo, que los atisbaba desde el círculo y que empuñaba la antorcha, haciéndola girar rápidamente sobre su cabeza, para no distinguir su imperceptible llama voladora.

Hoy, afortunadamente, cesaron las veladas de Baco en el cementerio; los bandos de buen gobierno han impedido en muchas partes que el pueblo de D. Juan Tenorio vaya a danzar y a emborracharse ante la estatua del Comendador y no se permite que se convide a cenar a los muertos. Las veladas fúnebres se reducen en las aldeas al grupo de mujeres piadosas que depositan su ofrenda de flores en el hueco del nicho y rezan piadosamente el rosario a la luz de la luna; y en las grandes capitales a

los mayordomos con librea que decoran, inmóviles como las plañideras de piedra de los mausoleos, las grandes explanadas cubiertas de flores de trapo y de colosales blandones.

La multitud se complace recorriendo la ciudad de los muertos, suspirando tristemente cuando ve a una madre arrodillarse ante la tumba de su hijo y riéndose con toda la boca de los lloriqueos de los viudos recientes; al oscurecer desfila silenciosa por el camino poco trillado y se cura de espanto en los ventorrillos.

El recuerdo del cementerio persiste, sin embargo, como se ve en estos cantares:

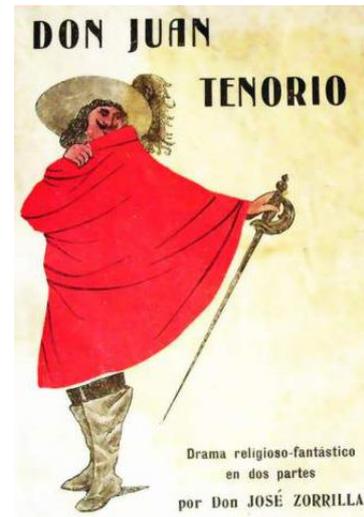
En el cementerio entré,
le dije al sepulturero
si hay un sitio señalao
para el que muere queriendo.

Cada vez que paso y miro
la puerta del Campo Santo,
le digo a mí cuerpecito:
aquí tendras tu descanso.

Toito el cementerio,
lo tengo yo andao;
la sepultura de mi compañera
yo no la he encontrao.

Sepulterito,
te lo pío llorando,
que me enseñes la sepulturita
donde está mi hermano.

Si supiera er sitio
a onde la enterraron,
yo sacaría tos sus huesecitos
para embarsamarlos.



Sin queré pise una fló
que en tu sepultura estaba;
de tu cuerpo salió un iay!
que se me clavó en el alma.

Echaba la tierra
er sepulturero,
y las lágrimas que yo derramaba
se quedaban dentro.

En los anteriores cantares, el pueblo canta lo que ve y expresa los sentimientos sin velos retóricos; en los siguientes entra la metáfora y la hipérbole con esa manera graciosa e intencionada que es la cualidad principal del canto andaluz, sin que el asunto pierda nada de su terrible realismo:



Una nohecita e luna
he visto al sepulturero
cavando mi sepultura.

Diez años después de muerto
y de gusanos roío,
letreros tendrán mis huesos
diciendo que te he querío.

En el cementerio entré,
levante una losa fría,
me encontré con tu queré.

De los huesos de mi cuerpo
tengo de hacer una cruz,
y me he de enclavar en ella
pa que Dios te de salú.

El que se tenga por grande
que se vaya al cementerio,
verá que toó el mundo cabe
en un palmo de terreno.

Mi cuerpo es un cementerio
que no tiene más que un nicho,
el día en que tú te mueras
ya sabes cuál es tu sitio.

Hay entre la innumerable serie de coplas que a la muerte y sus preliminares se refieren, algunas que espeluznan por su fiereza; muchas que conmueven por la amargura en que aparecen bañadas; y varias que tienen la propiedad de conservar la imagen como un objetivo fotográfico.

Los celos llevados al mayor extremo concebible, se expresan en esta copla con la voz exterminadora de la venganza:

He de vengarme
en vida o en muerte;
icómo andaré toas las sepulturitas
hasta que te encuentre!

La soledad, el vacío hecho en torno del enfermo grave por la proximidad de la muerte, esa emoción producida por el abandono de los vivos, que expresó Bécquer con su inimitable frase *¡Dios mío, que solos se quedan los muertos!* palpita en este cantar:

Llenita de penas muero
vueltecita a la pared;
las *duquitas* que yo paso,
¿a quién se las contare?

La frase *vueltecita a la pared* es todo un poema.

Quien haya pasado en el lecho esas terribles horas de angustia en que la fiebre sube de punto y la vista recorre inquieta todos los ángulos del dormitorio; quien haya contado una y otra vez las flores de la colgadura, seguido el dibujo del papel que decora los muros, y detenido los ojos sin objeto, en los



desniveles de la mampostería; quien haya en fin realizado esos actos inconscientes que la enfermedad provoca, comprenderá todo el valor de esa frase, cuya trascendencia apunta el irónico Espronceda cuando dice:

Que habla con su mujer el que se casa,
y yo, con las paredes de mi casa.

No menos elocuente es la siguiente queja de la esposa que ha visto morir al hombre que adoraba y que recuerda los dulces coloquios de tiempos ya pasados para siempre:

Ya se murió mi marío,
ya se acabó mi consuelo;
ya no tengo quien me igu
ojitos de terciopelo.

También encierra amarga melancolía el siguiente mandato póstumo:



Toitica mi ropa
llévala a la tienda,
pero la chaquetita de los alamares negros
¡por Dios no la vendas!

Esa chaquetita de los alamares negros sirvió acaso en la primera entrevista; se lució en las romerías al lado del pañolón de Manila bordado de vivas flores, sintió el dulce calor de un torneado brazo y fue el único muro insensible que separó dos corazones; por eso *la flamenca* no la venderá ni la empeñara hasta que el alcanfor sea insuficiente para preservarla de la polilla y los alamares se le caigan a pedazos; es la única prenda que quedara en el arca en las épocas del hambre y del frío.

Decía que alguno de estos originalísimos cantares queda estereotipado de un modo que hiere la imaginación como una punta de acero y voy a dar una muestra:

Allá, en Puerta de Tierra,
en aquer rincón,
están los huesos de la maresita
que a mí me parió.

A las dos e la noche
pasaban los carros,
como llevaba la manita fuera
yo la he *pincharao*.

Muertecita la encontré,
con un pañolito blanco
la carita le tapé.

Interminables serian las citas que pudiera hacer de estos distintos sentidos; la musa popular derrocha la inspiración y el sentimiento. Cuando las brisas de octubre comienzan a pelar las ramas de los árboles, saltan las castañas asadas en los anafes, y se envuelve el andaluz en la airosa capa *para pelar la pava* cabe la reja, estos tristes cantares aparecen rodeados de su verdadera aureola.

En primavera y en estío se empapan en luz y en colores y no entristecen; es un fenómeno extraño, pero no por eso menos cierto. Ocurre con esto, lo que con los pasos y saetas de la Pasión: conmueven más profundamente en Semana Santa.

Yo he cruzado por el sendero que conduce al cementerio de San Fernando en los risueños días del mes de abril, cuando los árboles estaban cargados de frutos, el viento henchido de aromas y los campos cubiertos de espigas; la aparición de uno de esos cortejos fúnebres, que con tanta frecuencia huellan aquellos lugares, me ha parecido una nota desafinada en el concierto de la naturaleza y he estado a punto de crearme víctima de un importuno ensueño.



Y es que cuando se desborda el vaso de la vida, se halla el ánimo dispuesto a negar la muerte.

BENITO MAS Y PRAT.”

Aquí quedó, como diría el capataz que lleva el paso del Cristo o de la Virgen de su advocación cofrade.

Aquí quedó, que no está nada mal, digo yo, para recordar cómo se escribía y describía la idiosincrasia del pueblo andaluz en honrar a sus muertos, de una pluma ecijana y ecijanista, como la de Benito Mas y Prat, y, que, gracias a Dios, todavía más de un siglo largo después, algo nos ha quedado.

Solo espero una oración por el alma de todos nuestros difuntos o un recuerdo para ellos, lo que cada uno tenga a bien y al mismo tiempo compartan y difundan este mi humilde trabajo, no por mí, sino por el verdadero autor del mismo, que tanta cultura literaria, costumbrista, andaluza y ecijanista, como irán ustedes comprobando a medida que les vaya remitiendo otros de sus innumerables artículos, nos dejó.